



La mirada de Jesús

Sorprende la mirada de Jesús, sobre todo porque nos envuelve siempre con su afecto, como si viera algo que nosotros no sabemos reconocer de continuo: esa belleza con la que Dios nos ha creado. Por eso su mirada siempre está ahí para recuperarnos. “Le miró con cariño” (Mc 10, 21),

precisamente cuando el Joven le da la espalda. Él no ve la espalda, sino el hermoso corazón que Dios creó en él y que no termina de perder el miedo y entregarse a la vida para la que está creado. Es por eso por lo que en la mirada de Jesús encontramos siempre futuro para nuestras vidas, siempre que demos tiempo al tiempo y confianza al cruce de sus ojos con nosotros. Comentaba san Juan de la cruz que Dios al mirar a sus criaturas “con sola su figura, /vestidos los dejó de su hermosura”. Y esto es lo que hace Cristo con nosotros si nos dejamos envolver por su mirada, vestarnos de la hermosura de amor de su misma carne de Hijo.

El pecho de Jesús

“Como un niño en brazos de su madre”, dice el salmo 131, 2, el creyente puede descansar en Dios. Jesús ofrece su pecho para que los discípulos a los que ama, se recojan en él, en él descansen (Jn 13, 25). Este mismo pecho está abierto en la cruz mostrando cómo toda su vida es para nosotros, mostrando que no se guarda nada, que su propio cuerpo es nuestro hogar de vida. ¿Quién puede tener miedo de quien se ofrece así, como regalo de vida, sin pretensión de coger nada, sino dispuesto a darlo todo, incluso la vida?

“Venid a mí si estáis cansados y agobiados. Cargad mi yugo, bebed mi cáliz y encontraréis descanso”.



El cuerpo de Jesús

El centro de la fe de los cristianos es la encarnación del Hijo de Dios. En la humanidad del Hijo, en la carne de Jesús, en su cuerpo, en el contacto con él encontramos la presencia salvífica definitiva de Dios.

Jesús, en los gestos con los que trata a los que lo rodean, manifiesta el con-tacto de Dios con nosotros, revela al *Dios Emmanuel*. En los gestos concretos de su cuerpo; en su mirada, en su tacto, en su voz... percibimos la verdad de Dios y la salvación de nuestras vidas.

Por eso desde muy temprano el cristianismo representó a Jesús, pero dejando a un lado la preocupación por su cuerpo exterior (el color de sus ojos, su altura...) y centrándose en sus formas gestuales que, por otra parte, el discípulo sabe que debe adquirir para que Jesús se siga haciendo presente en el mundo. No es extraño, pues, que la Iglesia se reconociera desde el inicio como cuerpo de Cristo.

Existe entonces un “físico” de Dios, que encontramos en Jesús y ante el que, especialmente los católicos a través de las imágenes de devoción, expresamos nuestra adoración, gratitud y súplica.

Este mes te proponemos centrar la oración en algunos detalles de esta presencia corporal de Jesús entre nosotros, para contemplar su deseo de bendecirnos con su amor eterno.

- 1.- Ponte en presencia de Dios y pídele que te ayude a comprender y reconocer su amor en los gestos de Jesús.
- 2.- Céntrate solo en uno de los gestos (en uno de los apartados). Quizá te parezca poco, pero para llegar a hacer que los gestos sean un diálogo íntimo entre dos personas se requiere paciencia, dar tiempo a que la profundidad de las personas se muestre.
- 3.- Entra en las escenas sugeridas como si estuvieras allí, como si fueras tú el que recibe el gesto. Déjate estar por unos momentos en silencio, sin decir nada, solo recibiendo el gesto, la visita, la presencia de Jesús.
- 4.- Finalmente, di lo que nazca de tu corazón a Jesús, con sencillez.

Alma de Cristo, santifícame. Cuerpo de Cristo, sálvame.

UN CUERPO-ASOMBRO-Y-GRATITUD

QUE SE ACEPTA como un regalo y **SE RECIBE** en acción de gracias. “Al entrar en este mundo, dice Cristo: me has dado un cuerpo” (Hb 10, 5); al salir de él, “toma su cuerpo entre las manos y da gracias” (Lc 22, 19-20).

UN CUERPO-HUMILDAD

QUE SE DEJA CUIDAR, que se recibe aceptando necesitar a los demás. Un cuerpo que se deja vestir, amamantar, enseñar; que pide ayuda para cumplir su misión (Lc 10, 1-9).

UN CUERPO-OFRENDA

QUE SE DA, que está ahí para que todos tengan vida (Jn 10, 10), para que sacien la sed de sentido y amor que habita en sus vidas (Jn 7, 37), que se entrega para que todos se sepan acogidos, perdonados (Mc 10, 45).

CONCRETEMOS:



Los pies de Jesús

Jesús vive como un profeta itinerante. No espera en su casa a que la gente venga, Sale a andar los caminos donde se desarrollan nuestras vidas, Sus pies se cansan solo para encontrarnos, para anunciarnos su evangelio. Pero tantas veces no nos damos cuenta, como Simón que lo invita a comer y no percibe el cansancio de sus pies para llegar a él, como hace la mujer en la escena: “Entré en tu casa, y **no me diste agua para mis pies**” (Lc 7, 44). Es necesario que nos asombremos del camino que ha recorrido Jesús para llegar a nuestra casa y bendecirnos.

Las manos de Jesús

Para Jesús no hay personas impuras que no se puedan tocar porque contagiarían muerte y maldición. Por el contrario, él se atreve a tocar con amor en sus manos a los llamados impuros para hacerles saber su dignidad. Así cuando se encuentra con un leproso responde a su petición no con una curación de palabra que lo sane solo de la enfermedad externa,

sino con el con-tacto de su mano que le libra del desprecio que pudiera tener por sí mismo: “Jesús, compadecido, extendió la mano, **lo tocó** y le dijo: «¡Quiero, queda limpio!»” (Mc 1, 41).

Su mano tendida llega incluso al reino de la muerte, como recuerda el relato de la hija de Jairo: “**Tomando la mano de la niña**, le dijo: Niña, a ti te digo, levántate” (Mc 5, 41).



La mejilla de Jesús

En ella se expresa el rostro del dolor paciente de Dios frente a nuestras ofensas. Jesús había dicho que era necesario poner la otra mejilla para mostrar el corazón de Dios que no deja vía libre a la venganza, sino que busca con su perdón a los enemigos. Jesús ofrece su mejilla al beso de Judas (Mc 14, 45), al golpe de un soldado de Anás (Jn 18, 22), y luego su espalda y todo su cuerpo a la violencia de los hombres. Y todo para que abramos los ojos a nuestro pecado y al perdón de un Dios que quiere

recuperar nuestras vidas incluso cuando parecen irre recuperables.

La mejilla violada por el engaño y golpeada es el primer momento de su cuerpo torturado. Si percibimos en él nuestras violencias y su perdón, podremos decir con dolor y alegría: Sus heridas nos ha curado (1Pe 2, 24).



La boca de Jesús

Nuestras palabras pueden llegar a ser casi-físicas convirtiéndose en caricias que alienten la vida o aguijones que provoquen. En la carta a los Efesios se dice: “Malas palabras no salgan de vuestra boca; lo que digáis sea bueno, constructivo y oportuno, así hará bien a los que lo oyen” (Ef 4, 29). Y es como si se estuviera describiendo las palabras que salen de la boca de Jesús.

Con sus palabras nos da de comer la vida, boca a boca, como dice Jeremías: “Cuando encontraba palabras tuyas las devoraba; tus palabras eran mi gozo y la alegría de mi corazón” (15, 16). Él nos amamanta con su voz para que crezcamos en sabiduría y bondad, para que la vida de Dios se haga presente en el espacio de nuestra vida.